

SOBRE LA SIGNIFICACION HISTORICA DEL RENACIMIENTO

El Renacimiento y sus conexiones con la antigüedad y con los ideales de los siglos XIII y XIV. Análisis de los intentos renacentistas en la Edad Media y valor de estos intentos.

Biblioteca de Letras
(Segundo trabajo para el curso de Historia del Arte)
«Jorge Buccioli Converso»
(Año 1928)

La crítica histórica moderna ha desvirtuado sabiamente la teoría del Renacimiento como una verdadera vuelta hacia la cultura y el arte del clasicismo greco-latino. No dejamos, sin embargo, de reconocer que para los historiadores y críticos escolásticos de esa notable época humana tal equívoco era explicable, ya que ellos, tan próximos a los siglos XV y XVI, no podían tener la suficiente independencia espiritual que les permitiera estudiar el sentido íntimo de tal época, ni tampoco conocían la importancia de los métodos psicológicos y de la historia comparada.

El criterio clásico que se ha tenido acerca del Renacimiento es producto del "siglo de las luces". Aún en ciertos sectores de la cultura actual se sigue creyendo en la fórmula del siglo XVIII que trazó un abismo entre Edad Media y Renacimiento y que hizo de la primera la edad de las sombras y de la paralización de todas las activi-

dades espirituales del hombre. Para aquel siglo radical y exclusivista el Renacimiento aparecía como la resurrección de las épocas de Augusto y de Pericles, como un amanecer del hombre a orillas de la Castalia antigua.

Un estudio detenido de la sociedad italiana a partir del siglo XIII y la convicción de que existió un pensamiento medioeval característico en cuyas hondas pasiones científico-místicas se incubaban las fórmulas de la filosofía moderna, permiten al estudioso actual concluir que el espíritu renacentista estaba en el fondo muy distante del alma clásica y de las "vivencias" del paganismo.

Debiera hablarse, pues, de un "surgimiento" ya que nada renace en los siglos XV y XVI sino más bien algo hace. Se trata de otra loba latina que vá a fecundar con su savia la cultura moderna hasta el siglo XIX. Se ha producido aquello por un movimiento espontáneo y general lleno de vitalismo. No hay un fundador del renacimiento; nadie lo inaugura ejecutivamente. La naturaleza cósmica de la historia por lo general no admite las varillas mágicas como en los creadores de cualquier superficial estilo literario o estético. Los llamados precursores y personajes resaltantes del Renacimiento no son más que los espíritus en que se encarnan con más fuerza los síntomas de la nueva orientación. Sobre el amplio trampolín de algunas causas políticas y sociales del sur de Europa que inciden en Italia aparecen esos espíritus en estado de aserción después de tanto siglo de estilo psicológico medioeval.

Entre los modernos tratadistas del renacimiento son los italianos los que se mantienen todavía más fieles al criterio clásico. Los historiadores del norte nos han dado las más claras indicaciones para entender el Renacimiento como época enteramente nueva. Entre estos Burhardt y Spengler nos ofrecen las interpretaciones más definidas. Para el primero en los siglos XV y XVI se reivindica el valor de la individualidad, que durante la Edad Media se vió opacado por el poder omnímodo y dogmático de la Iglesia. Se trata algo así como de un antecedente espiritual de la proclamación de los derechos del hombre. Para Spengler es un movimiento de fondo gótico contra el gótico, o diremos a nuestro modo, una herejía del goticismo. El Renacimiento se envuelve en la corteza de lo clásico y no alcanza a influir en el alma de las multitudes. "El arte del Renacimiento considerado desde el punto de vista musical significa una reacción contra el espíritu de la música faústica. El Renacimiento procede directamente del gótico ya maduro en el cual esa voluntad musical se había manifestado sin rebozo. Y nunca ha negado este origen ni tampoco el carácter de un simple movimiento de oposición cuya índole especial siguió dependiendo de las formas del movimiento primitivo" (el gótico). Sigue Spengler: "En todo movimiento de oposición, justamente por serlo, resul-

ta fácil definir lo que combate, pero es muy difícil determinar el fin que se propone. Por eso precisamente es tan complejo el estudio del Renacimiento". La diferencia entre el Renacimiento y el gótico está para Spengler en que sustituye la impetuosidad nórdica por una serenidad equilibrada y clara". El Renacimiento no sólo no comprendió, no sólo no reanimó la antigüedad verdadera pero ni siquiera entró en contacto con ella. No se hallará en el Renacimiento una sola obra que los contemporáneos de Pericles y aún los de César no hubiesen rechazado por extraña a su íntimo sentir". (Primera parte, volumen 2º. de la "Decadencia").

Aunque estamos de acuerdo con Spengler en que no representó el espíritu clásico antiguo, no convenimos con el autor de la "Decadencia" en que sea en el fondo una derivación del gótico. En un trabajo que escribiéramos el año pasado para el curso de Filosofía Moderna nos atrevimos a considerar el Renacimiento como un movimiento "tectónico", es decir como nuevo y espontáneo en el fondo de la naturaleza espiritual. Digimos que el Renacimiento en lugar de marcar una vuelta hacia el pasado significaba un impulso hacia el porvenir, enteramente novedoso. Este movimiento adquiere tono particular en los pueblos del norte. En estos, a través de sus universidades, es dudosa floración interior que se aclara por fin en la Reforma y no sólo la de Lutero sino también la de Erasmo y Rucklin; en los pueblos mediterráneos es aurora espectacular, exterior, que se inclina hacia las formas artísticas. De nuestra parte, señalamos también como nota portante del Renacimiento su dionisismo, lo que una vez más lo muestra como contrario a la serenidad y medida del espíritu clásico. Por dionisismo el artista del Renacimiento busca la "diablesa blanca" para después dejarla, indiferente, en el vestíbulo de su fuerte vida.

El hecho de haber exhumado la antigüedad clásica no significa que la Italia y la Europa culta se incorporan al paganismo para volverle a vivir. Los modelos del arte antiguo impulsaban a la imitación; pero ¿quienes lo imitaron? Precisamente los artistas y literatos que no pueden ser colocados en la primera fila de los renacentistas. Desde el Dante hasta Miguel Angel los grandes espíritus no copiaron los modelos antiguos. Dante es más italiano que latino; Miguel Angel es más moderno que clásico. (La serie de sus "esclavos" son esculturas de hoy). En el Renacimiento no se produjeron, pues, ni la tragedia ni el drama griegos ni su filosofía; por otro lado tampoco se cultivó la historia ni se crearon instituciones sociales ni políticas como en la Roma clásica. Por el contrario el Renacimiento es totalmente revolucionario. En arte sacude la influencia del goticismo, en religión destruye el poder oscurantista de los dogmas, y hace de la Iglesia de una institución escolástica una institución social; en política derriba la au-

toridad de la nobleza feudal y prepara el terreno para las monarquías constitucionales.

La columna, el frontón y el predominio de la línea horizontal en la arquitectura renacentista tienen en gran parte valor de estilo decorativo, porque el plan y disposición de los edificios no podrían ser ya greco-romanos. En escultura la vuelta al cuerpo humano por su propio valor estético lo aproxima, sí, al ideal clásico; pero el vitalismo y la técnica llenan a la nueva escultura de una mayor vida interior. En pintura la perspectiva y el ambiente es una novedad. Sólo en lo que va de la escuela veneciana al Giotto hay una revolución. Surge además el retrato y el paisaje con valor autónomo.

De lo que llevamos dicho se desprende ya las conexiones del Renacimiento con la antigüedad, menos estrechas de lo que comunmente se cree. Y ya que nos referimos a estas dos épocas distantes entre sí, vamos a hablar primero de los intentos renacentistas en la Edad Media entendiéndolos desde el punto de vista social y cultural, porque el renacimiento conmovió no sólo el lado estético sino la totalidad del espíritu.

Puede decirse que hasta el siglo XI existió de veras una nostalgia de la antigüedad. La tradición había dado valor fantástico y espectacular a las viejas formas sociales y políticas. Vamos primero para mayor claridad a señalar las etapas de aquel extenso período que vá desde la aparición del Cristianismo hasta el Renacimiento propiamente dicho. Primero se tiene la época bizantina, después el período puramente bárbaro que termina con el fin de la influencia carolingia (durante la cual no hay más que artifices y artes menores y deformes creaciones nórdicas); luego, a partir del siglo X, comienza la época románica en la que las naciones del norte y especialmente las germánicas se han cultivado mucho y comienzan a imitar el estilo romano en sus grandes construcciones. Siguen a continuación los dos siglos del gótico puro en que la influencia artística de Francia se extiende por toda la Europa. El gótico francés, para cuya técnica los artistas estaban ya muy capacitados, surge como una orgullosa reacción contra el estilo románico. Los bárbaros ya constituídos en naciones y civilizados merced al acervo romano, parecen volver por sus fueros raciales y originan así ese arte sorprendente tan incomprendido y vejado por el Renacimiento. Por último, al fin del siglo XIV termina el gótico y comienza el Renacimiento propiamente dicho.

Señaladas estas épocas podemos marcar rápidamente, con más facilidad, los intentos en favor del clasicismo antiguo durante la Edad Media.

Apenas disuelto el espíritu romano por la enorme propaganda cristiana, se tiene el primer intento de resurrección pagana en Juliano que, al hacerse Emperador, abandona la iglesia de Cristo y restaura

los antiguos dioses. Juliano fué un Emperador cultísimo que se había empapado en la literatura y el pensamiento antiguos. Su famosa apostasía significó el Renacimiento de la gloriosa cultura de los siglos clásicos. En Juliano existe, pues, el primer intento. Después habría de haber otros semejantes encabezados por algunos reyes bárbaros. Ataulfo, rey de los godos, en el siglo V., deslumbrado por las grandezas de Roma, intentó constituir sobre aquellos moldes el Imperio gótico o Imperio de los godos. No llegándole la oportunidad de hacerlo se contentó con despertar la admiración por la cultura romana. Poco más tarde Teodorico, rei de los ostrogodos de Italia, habría de tener los mismos propósitos. Se le llamó "propagador del nombre romano" y despertó con su ejemplo un gran amor e interés por las artes y la cultura paganas.

El verdadero Renacimiento digno de esta palabra se debe a la extraordinario acción política y cultural de Carlomango. Un gran historiador ha pretendido negar el sincero y desinteresado espíritu restaurador de Carlomango que comenzó por organizar un Imperio único sobre el modelo cesáreo, que se hizo coronar en Roma y por el Papa para simbolizar en ello la unidad del mundo bajo su reinado. El estilo total de la cultura difundida por Carlomango en escuelas, academias y obras arquitectónicas fué latino-romano. André Michel en su historia parece suscribir la opinión de Courajod de que en realidad los estudios de tipo clásico no habían desaparecido hasta Carlomango, pero reconoce que esa cultura había sufrido una fuerte crisis. Estas opiniones prueban precisamente la acción restauradora de Carlomango, la vuelta a la pureza y frescura latina del siglo de Augusto.

El arte románico provino del enorme esfuerzo restaurador del emperador. En el siglo XII desaparece ese arte dando paso al maravilloso estilo gótico francés.

Finalmente en los siglos XV y XVI se produce el calificado de Renacimiento por todas las historias narrativas. ¿Pero es este Renacimiento del tipo del de Juliano o del de los emperadores bárbaros? En realidad se trata de un movimiento enteramente distinto; no es restaurador sino revolucionario y creador. Yo diría que el verdadero renacimiento fué el de Carlomagno porque este monarca no sólo quiso el esplendor de la cultura antigua sino que pretendió resucitar la forma política única y ecuménica del desaparecido Imperio Romano. Debe observarse que entre Carlomagno y el siglo III definitivo de la unidad imperial romana y hacia el porvenir hasta el siglo XIII, que marca los lejanos comienzos del Renacimiento, hay la misma distancia. En cambio Juliano y los otros reyes bárbaros estaban demasiado próximos a la cultura extinguida.

Trataremos, enseguida de señalar sus precursores, ahora ya en el campo propiamente artístico y literario, en los siglos XIII y XIV.

Se dice que hay una continuidad entre la edad clásica greco-latina y el Renacimiento, pero afirmamos que esa continuidad sólo consiste en la revisión y más que revisión versión a las lenguas modernas de las letras antiguas y en la observación de sus modelos artísticos. Psicológica y fundamentalmente no existió esa continuidad. El interés por las letras y las artes clásicas era una consecuencia del gran desarrollo intelectual de la época renacentista y de la capacidad económica de una burguesía naciente y unos príncipes ultracivilizados, que podían pagar a los maestros y traductores de griego y de latín.

El artista conspícuo del Renacimiento es un artista enciclopédico, inquieto, aventurero, fáustico; todo lo opuesto al artista antiguo. Hay pues la distancia de lo dionisiaco a lo apolíneo, por más que una nota importante del renacimiento sea, como dice Spengler, equivocadamente en el fondo, la medida, la claridad y el orden. En cuanto al hombre de letras, al humanista, no cabe decir otra cosa. Desde Dante pasando por Petrarca y Bocaccio hasta Pico de la Mirándola y Maquiavelo, el humanista del Renacimiento es como el artista: desbordante, inpetuoso, más que clásico, romántico, y de ideas liberales. El poeta y el sabio antiguos son también griegos por antonomasia.

El renacimiento arranca, pues, sólo de los siglos XIII y XIV.

Podemos hablar desde luego de un renacimiento religioso, de un renacimiento humanista y literario y de un renacimiento artístico. En el fondo de estos aspectos hay una unidad psicológica y hasta étnica, pues somos de los que creen que el renacimiento fué sólo de raza italiana en su iniciación.

En lo religioso Francisco de Asís inicia la mística nueva. En lo literario Dante, Petrarca y Bocaccio; en lo artístico el Giotto, Juan de Pisa, Cimabue y otros.

Tal es el contenido personal de los siglos XIII y XIV. Durante ellos el Renacimiento estaba "en forma" como diría Spengler. La invasión de la cultura griega hacia el occidente a raíz de la caída de Bizancio en poder de los turcos es un acontecimiento que favorece sólo la producción artística y literaria del renacimiento, pero que no lo crea, como vulgarmente se cree.

En la acción y la influencia de San Francisco se encuentran ya los caracteres más típicos del Renacimiento: la asociación del hombre y la naturaleza, la andanza de la vida fuera de los tiránicos prejuicios medioevales y de los espesos muros monásticos, la embriaguez confiada y optimista del espíritu en la vida estética, de una parte y en la religiosa de la otra. "La unión de Dios con el mundo" por parte del santo de Asís y la unión de la filosofía de la vida con la vida misma por parte de los príncipes y humanistas. En sus poemas y oraciones el poeta Francisco de Asís es un panteísta delicado; y su existencia, como después la de Teresa de Avila, es un consorcio perfecto entre

la santidad y la vida. En resumen San Francisco es un revolucionario contra la ponderación estéril y aparatosa de la vida monástica que había consagrado en los altares la idolatría patristica antes que la emoción directa y humana del Dios hombre. La revolución vincula, pues, a San Francisco con el caracter primordial del Renacimiento. Podríamos decir San Francisco contra los doctores Santo Tomás y San Anselmo, y el Renacimiento contra la caballería andante, el feudalismo y la erguida y cerrada nobleza medioeval.

Fuera del campo religioso San Francisco produce un renacimiento del arte místico. Antes de él la Europa culta estaba invadida por imagineros y mosaiquistas. Después de él tenemos la pintura y la escultura que poco a poco van adquiriendo un valor autónomo, liberándose de ser servidoras de la arquitectura y de la propagación de la fé religiosa. La acción de San Francisco crea un ambiente a la vez piadoso y democrático con mayor naturalidad y más sana y fuerte vida.

El Giotto es el artista de la mística franciscana, el historiador de la leyenda del monge de Asís. El Giotto está influído espiritualmente por San Francisco, pero como artista toma la vida del santo sólo por su valor estético y nó como propagandista de la fé. Su pincel denota un nuevo sentimiento de la vida religiosa. Su técnica no denuncia todavía las perfecciones del siglo XVI. El ambiente y la perspectiva están todavía fuera de su dominio, pero la manera de disponer las figuras y la intención de sus actitudes muestran al precursor de los renacentistas.

Juan de Pisa y Cimabue habían antes explotado la leyenda franciscana, más ninguna de ellos alcanza al valor artístico del Giotto. Todos sin embargo persiguen una concepción grandiosa de la escena.

El arte cristiano había sido bizantino en el mosaico y la orfebrería hasta el siglo XI en que se organiza el gótico en gran estilo. En el siglo XIII el arte cristiano de tradición latina reaparece pero enteramente distinta, pues sus artistas muestran todos los caracteres latentes de lo que desenvolviéndose más habría de ser el arte de los siglos XV y XVI.

En arquitectura anuncia al renacimiento el arte románico que abarca los siglos X, XI y principios del XII. Emplea este arte las grandes masas de piedra y repite el arco romano y la bóveda al estilo de la del gran circo.

Del grande, fresco y vivo humanismo del Renacimiento podemos encontrar antecedentes en el Dante, en Petarca y en Bocaccio. Nuevamente se nos ofrece aquí la oportunidad de señalar cómo el Renacimiento no fué una vuelta sincera hacia la cultura y el espíritu clásico, pues esos tres grandes literatos y poetas de los siglos XIII y XIV no tuvieron nada de helénicos ni de romanos. Basta señalar que la Divina Comedia ni siquiera fué escrita en latín sino en idioma toscano popular,

con lo que queda fundada ya una literatura italiana. Y después qué tiene de griego o de romano el intenso lirismo del Petrarca? En Boccaccio encontramos la narración del tipo del "novellino" en su forma más alta. Del "favellatori" nace el "novellino" que supera al "fabliaux" francés y se compara a las resurrecciones arábricas y orientales de Alfonso el Sabio y el príncipe don Juan Manuel.

No se crea que el interés por las letras antiguas se despertó sólo a raíz de la invasión de la cultura bizantina hacia el occidente tras la toma de Constantinopla. Este hecho apresura el movimiento renacentista de las letras pero no es por ningún lado su causa. Hacia más de un siglo, desde los comienzos del XIV que el idioma griego se vulgarizaba en la naciente burguesía adinerada de Italia. En las Universidades alemanas medioevales la introducción de los estudios clásicos había producido una revolución. Muy poco tuvo que hacer con esto la caída de Bizancio. Famoso fué en Italia a mediados del siglo XIV el griego Crisolaras maestro de su idioma y promovedor de los estudios de la cultura antigua. Crisolaras enseñó en Florencia. En el primer cuarto del siglo XV llegó también a Italia Jorge de Trebizonda y se dedicó a la enseñanza del griego y al comentario de la literatura helénica. Después de este Teodoro de Gaza, también humanista y profesor de gramática, se establece en Italia. Antes todavía de la toma de Constantinopla comenzó su enseñanza en la península el famoso Gemisthos Phlato, primer maestro de la filosofía antigua en Florencia. Explicó a Platón principalmente y despertó tal interés que Cosme de Médicis fundó la Academia Platónica para que se prosiguieran indefinidamente los estudios del pensamiento antiguo. Como último personaje de ese movimiento precursor del Renacimiento debemos señalar al célebre cardenal Bessarion que convirtió a Rávena en un foco de cultura clásica.

En la gran fecha 1453 ya el Renacimiento de las letras es un hecho. Príncipes, nobles, prelados, burgueses, todos estudian el griego, muchos lo hablan y escriben; traducen y hacen traducir las obras de la antigüedad e imitan sus modelos. El velo de la antigua Isis griega ha sido descorrido ante los ojos estupefactos del occidente.

Y apesar de las miradas vueltas hacia Atenas y Roma el espíritu volaba hacia el porvenir. Esa es la grande y aparentemente inexplicable dualidad de Renacimiento.

Ramiro Pérez Reinoso.